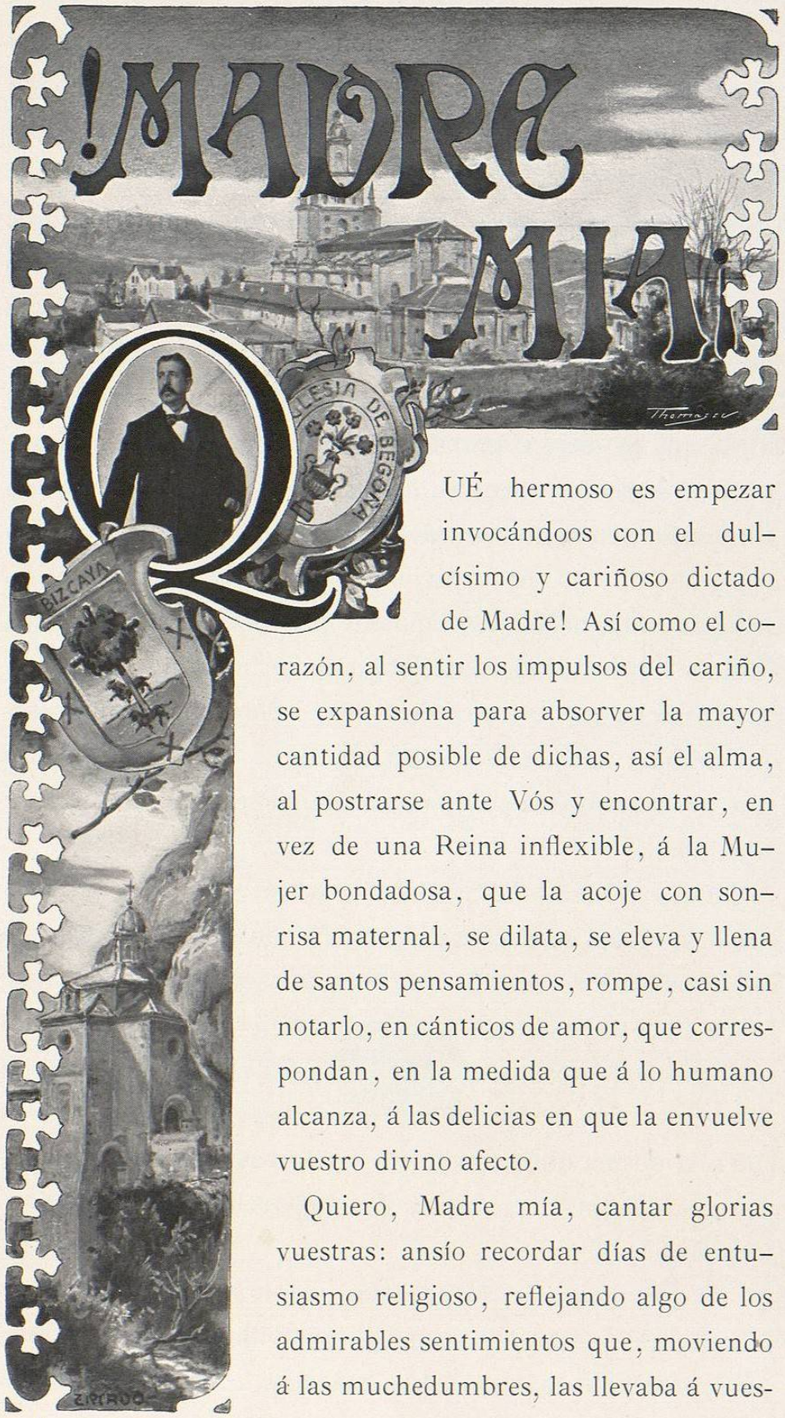
PRIMERA PARTE

RELACIÓN HISTÓRICA



QUÉ hermoso es empezar invocándoos con el dulcísimo y cariñoso dictado de Madre! Así como el corazón, al sentir los impulsos del cariño, se expansiona para absorver la mayor cantidad posible de dichas, así el alma, al postrarse ante Vós y encontrar, en vez de una Reina inflexible, á la Mujer bondadosa, que la acoje con sonrisa maternal, se dilata, se eleva y llena de santos pensamientos, rompe, casi sin notarlo, en cánticos de amor, que correspondan, en la medida que á lo humano alcanza, á las delicias en que la envuelve vuestro divino afecto.

Quiero, Madre mía, cantar glorias vuestras: ansío recordar días de entusiasmo religioso, reflejando algo de los admirables sentimientos que, moviendo á las muchedumbres, las llevaba á vues-

tras plantas llenas de fé, de emoción y de amor: ¡ah! si yo supiera, si yo acertara á bosquejar lo que he visto con asombro, lo que admiró á propios y extraños: si mi pluma, cual hábil bisturí, penetrara en el corazón de ese pueblo, que ayer Os aclamaba, y supiera buscar allí la causa misteriosa que movía tantos corazones al unísono, ¡qué grandiosos cuadros delineara y qué pensamientos más bellos brotarían de mi tosca pluma!

Convencido de que no soy capaz de encumbrarme á la altura que requiere la grandeza del asunto, ni de que mi imaginación sepa abarcar conjuntos tan hermosos, me cobijo á la sombra protectora de vuestras misericordias; y ya que la colina de Begoña ha sido, por espacio de muchos días, centro esplendente de cultos fervientes rendidos por Vizcaya á su Augusta Patrona, vengo, Madre mía, al pie de la montaña sagrada en que Cataluña os venera como á celeste Soberana, á suplicaros una mirada, una afable sonrisa; á pediros inspiración que me guie y me acompañe en esta, para mi deliciosa, aunque asaz difícil tarea.

Así, escribiendo al pie de Montserrat, lo que el corazón sintió en el alto de Begoña; enlazando con el corazón los profundos afectos de estos dos pueblos, hermanos en la fé, como lo son en el trabajo, logre, quizás, refundir en una sola las dos refulgentes Coronas que adornan las sienes de la *Moreneta de Montserrat* y de la *Madre de Dios de Begoña*, ya que ambas ciñen la misma inmaculada frente y ambas son y representan, por igual, el amor, el respeto y la veneración que acá Os profesamos.

No me rechacéis, Madre mía; soy, lo reconozco, indigno de la honra de trazar los cuadros maravillosos que he presenciado; más fio tanto en vuestras bondades, conozco de tal modo

el grado sublime á que alcanza Vuestra indulgencia, que acometo decidido la noble tarea, que debió haberse confiado á manos más delicadas. El deber se enlaza aquí al deseo ardiente, con intensidad tal, que, á la verdad, ignoro si este se sobrepone á aquel; sólo sé que el encargo me alhaga al extremo de que lo considero como el honor más insigne.

Se trata, Madre mía, de ensalzaros y Vós sabéis que si todos me ganan en elevación de miras, á nadie cedo en la intensidad del cariño, sólo superado por la gratitud que rebosa por todo mi corazón: al postrarse á Vuestros pies, se inunda de gozo mi alma, que nada endulza las penas como el rendir tributo de reconocimiento á la que es Reina por su poder, Soberana por las gracias y Madre por el amor.

Perdón, pues, Madre mía, por el atrevimiento y dignaos guiar mi inteligencia para que si este pobre trabajo no brilla por su grandeza, responda, al menos, al sentimiento que lo inspira.

Montaña de Montserrat, 15 Septiembre 1900.